

Hablando del futuro

Por M. MARTINEZ CARRIL



Hay momentos en que las sociedades humanas piensan sólo en el presente. Hay momentos en que esas sociedades se contemplan en el pasado, por lo general más venturoso que el presente. Y hay momentos en que esos mismos grupos humanos comienzan a pensar en el futuro. A veces sucede que los hábitos mentales son difíciles de quebrar: tras algunos años de pensar sólo en el presente inmediato, parece más incierto imaginar el futuro, de la misma manera que de tanto pensar hacia atrás ocasionalmente puede resultar engorroso contemplar y analizar el presente. Más aún, el pudor de parecer diferente (planificar lo que vendrá cuando el resto de la sociedad se angustia apenas por el presente, por ejemplo) induce a ocultamientos, a calificar el futuro como incierto y provoca ambiguas indefiniciones. Y peor; suele ocurrir que por tanto pudor unos y otros se ocultan entre sí las propias inquietudes, que todos aproximadamente se sientan motivados por inquietudes semejantes pero ni unos ni otros lo digan como para enterarse del acuerdo tácito y real. Y esto vale para la sociedad en su conjunto tanto como para grupos sociales. En el país quizás esté ocurriendo esto. De improviso se descubre que —digamos— productores agropecuarios coinciden casi sin consulta previa. O, en el sector más vecino a la pura actividad cultural, la publicación (Exclusivo, junio 3) de una mesa redonda de gente de teatro, determina que lo que allí se dice se descubra como válido para plásticos, escritores, gente de cine, músicos y poetas tan individualistas como sueltos. De pronto cada quien descubre como una revelación que algo de lo que se dice es lo mismo que está íntimamente pensando, con el pudor de no decirlo por no parecer diferente. Y lo más significativo, esas manifestaciones parecen implícitamente volcadas hacia el futuro. Al cabo de un lustro y medio de pensar en el presente (actitud si se quiere muy conservadora o autoconservadora) todo el mundo, sin decirlo previamente está pensando en términos de futuro. Y también la cultura, con sus problemas específicos, que quizás no sean tan diferentes de los de otros sectores sociales (o quizás sí, vaya uno a saber).

Que las cosas sean de esta manera es realmente alentador. Una sociedad que mira sólo hacia atrás, que vive de los brillos o de las honras o de los desajustes del pasado, apenas será capaz de un denso inmovilismo, cargado de complejos de inseguridad o de pesares y arrepentimientos según los casos. Una sociedad que se apresura a solucionar los problemas de mañana o de pasado mañana, sin pensar en los meses y años por delante, a lo sumo sobrevivirá a las zozo-

bras de las inmediatas 24 horas. Una sociedad que piensa en el futuro es una sociedad obviamente dispuesta a avanzar, a arriesgarse a enfrentar un mundo que está adelante y no detrás o bajo los pies, sino en todo lo que vendrá. Ello implica también riesgos y valor para afrontarlos y superarlos. Riesgos que serán los mismos aunque no se piense en ellos (la cabeza bajo tierra se sabe que no sirve de mucho hoy por hoy), pero que es preferible avizorar, prever y anticipar soluciones, ejercer el esfuerzo —desde ahora, que se está a tiempo—, el vigor necesario para superarlos: una sociedad o un grupo social (para el caso el vinculado a la cultura) que piensa en futuro, piensa en términos de vida, de creatividad, de energía para construir, de actitud lúcida para descubrirnos a nosotros mismos, para identificarnos en el mundo, para borrarlos la idea de que ese mundo es hostil.

Tras varios años, la mesa redonda de Exclusivo ha sido, si se quiere, un primer síntoma. Y aunque uno de los títulos de esa publicación diga más bien erróneamente que “estamos terriblemente solos”, la afirmación debiera entenderse como una licencia poética, no necesariamente interpretable al pie de la letra. Más que las constancias anecdóticas, más que las confrontaciones referidas expresamente a lo teatral, buena parte de las opiniones allí propuestas albergan la confianza en un trabajo cultural que está por venir, y quizás por ello los temores que se convierten en quejas contra la crítica o contra la carencia de jóvenes (que si no están es porque tampoco se los ha buscado ni incorporado) o en lamentaciones por las dificultades del presente. Porque en última instancia, el hábito de años pensando en el estricto presente (auto-conservadoramente) no es fácil de quebrar. Y porque tampoco es fácilmente superable la melancolía por el pasado, que parece más bien una evasión encubierta, en contradicción con la disposición y el vecino entusiasmo de enfrentar lo que vendrá.

Y lo más sintomático de todo es que esas actitudes, esas dudas, esos impulsos, esas contradicciones, no son privativas de la gente de teatro. Son las que se pueden identificar a casi todo nivel del quehacer cultural. Con lo que se vendría a comprobar que al fin y al cabo no estamos tan terriblemente solos, ni que la angustia es válida (tampoco vale la nostalgia, por cierto) y que el futuro está delante, mañana y pasado mañana y más allá aún. ♦